

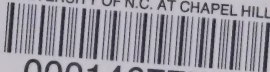
The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00014677735

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

--	--	--

ARTURO MARASSO

RETORNO

~ POESÍAS LÍRICAS ~

BUENOS AIRES

RETORNO

DEL MISMO AUTOR

OBRA POÉTICA

Bajo los astros, 1911.

La canción olvidada, 1915.

Presentimientos, 1918.

Paisajes y elegías, 1921.

Poemas y coloquios, 1924.

ARTURO MARASSO

P47791
M25
R4
1927

RETORNO

POESÍAS LÍRICAS



SOSIN y TOIA, Editores
RIVADAVIA 1589
BUENOS AIRES

Handwritten signature or initials.

Library, Univ. of
North Carolina

El ramo de oro

¡VÁMONOS, allá! — ¿A dónde?—
¿Qué importa adónde? Allá.
Vámonos, vamos; la dicha
está allá.

¿Viste tú el ramo de oro
entre las hojas brotar?
Vamos al árbol que brilla
allá, allá.

371154

La tarde es un mar de púrpura
tras del obscuro encinar;
canta un pájaro y nos llama
allá, allá.

La noche es el ramo de oro,
luce en la selva y el mar;
allá la dicha es eterna,
allá, allá.

Más allá de nuestros sueños
el mundo y el cielo están,
el tesoro siempre oculto
allá, allá.

¿Viste tú el ramo de oro
entre las hojas brillar?
Vámonos, vamos, la dicha
está allá.

Mar y montaña

CONTEMPLO en mí el selvoso peñascal, la colina
amada, cumbres, noches de estrellas; en mi anhelo
de eternidad renace la creación divina;
abro los ojos, hierve el mar y brilla el cielo.

Amante de las nubes y el río, en el reposo
de la casa y la piedra, me hablaba un hondo acento
de otoños y de estíos; el invierno lluvioso
me halló, niño olvidado, a esas voces atento.

Vi entre nieves tardías, flor de almendros temprana,
el lloro de las viñas, los retoños en ciernes;
oí el son en las lluvias de campana aldeana
y el rumor de plegarias en la oración del Viernes.

¡Dicha en las sierras, llena de sol y de retamas,
de voces familiares: dulzura siempre oída;
despiertas, en los claros peñascales me llamas;
quedaste, rojo muérdago de amor, a mi alma asida!

El mar se encrespa, luce Orión, la onda hervorosa
brama. ¡El cielo de aquellos días! La piedra, el río,
la noche en negras cimas; y por la senda herbosa
mi ilusión, mi retorno y un no sé qué, sombrío.

La luz en el mar

LUZ, estás en el agua y en la arena,
en transparentes urnas te dilatas,
azul en el espacio, eres verdosa
claridad en el mar, brillo en la nube;
en el cristal la anémona marina
quieta, su flor entreabre y en ti goza;
vibrátiles corpúsculos se animan;
en la ola desnudas a la piedra
verdeante de líquenes y de algas;

enciendes en la noche del espacio
las gigantescas lámparas de mundos,
y avanzan, hienden el obscuro abismo,
y resplandece hundida en seno hondísimo
la creación; el astro envía al astro
su resplandor; el universo anuncia
a universos remotos su presencia;
en la incesante llama de los soles,
la oculta idea en tu fulgor nos habla
encendida en tu fuego; alma profunda
impregnas nuestro espíritu; los seres,
ojos abiertos a la luz, penetran
tu esencia inextinguible; y en la orilla
donde resuena el trueno de las olas
rotas en los peñascos, son el ánfora
colmada del tesoro de la vida
que retorna a su impulso originario
y en la viviente inmensidad renace.

Con el mar y la estrella

DE peñón solitario, en el océano,
las verdosas praderas
de las olas contemplo;
en la paz de la tarde el mar resuena.

Asoman en la calma los delfines,
el arrebol se vela,
la inmensidad se ahonda,
brilla en el cielo la primera estrella.

Del agua obscura el viento de la noche
trae el sueño, se inquieta
la onda en vaga bruma;
¿en la noche y el mar, mi alma qué espera?

El hombre eterno vive en mí un instante,
y la onda en la onda eterna;
y hay un gemido en la ola,
en mis siglos de espíritu, en la estrella.

La velada

EN las sombrías horas de esta noche de invierno estamos solos; sopla la ventisca, la nieve remolinea afuera; ya todo está en lo eterno; se hace eterna la vida, hondo el instante breve.

El huracán que llega de la sombra, en las nieblas ulula; el mundo queda en remotas ciudades; no hay más que nuestra lámpara en la hora de tinieblas, ni más paz que en la casa; quietud sin ansiedades.

Hace tantos inviernos que esta luz ha alumbrado la frente pensativa de los que fueron; mira cómo el dolor, la dicha, los años, han pasado, y en un dulce recuerdo nuestra mente se inspira.

Cada mueble nos habla de un cariño que aun vive; no están muertos los muertos si el corazón los ama, llegan a nuestra mesa si el amor los recibe y lloran en silencio si el amor no los llama.

Quédate aquí en la casa, de la ambición del mundo no busques los halagos; sólo la paz es bella; oirás en el sosiego hablar lo que es profundo, y dirás: “En mi vida se ha encendido una estrella”.

Y de aquí a muchos años, cuando tú seas viejo, si a la luz de esta lámpara prolongas la velada, darás, a tu hijo mozo, de tu padre el consejo, y una lágrima, acaso, nublará tu mirada.

La caricia anhelada

EL silencio en la noche clarísima es un velo de luz de plata, es onda de paz y suave olvido; en montañas y bosques la tierra con el cielo se unen; hay una ráfaga, un aroma, un ruido.

Suspira tu recuerdo; nubecilla ligera
vela la luz, se dora; yo voy solo; en lo obscuro
de la maraña de árboles, olor de primavera
se esparce y el silencio se vuelve etéreo y puro.

La piedra, las quebradas, la cumbre, el mar de estrella
pálido; el astro, límpida flor del azul nocturno;
mi alma; abajo valles, peñascales y huellas
del torrente, un son vago y el peñón taciturno.

¡Llevad, alas del viento, a ribera remota
mi ser ya vuelto espíritu; romped mi cárcel dura;
en este instante siento que otra alma en mi alma brota
y en la noche infinita mi ser se transfigura!

Una vida sin límites me acoge en su delicia,
me emancipa en espíritu, me hace entrar en su gracia;
la caricia anhelada ya mi ser acaricia,
beso de amor supremo que en lo íntimo sacia.

Vivíamos...

DE aledaños oscuros
llega el rumor del río,
chilla en el aire el buho
y en el umbral el grillo.
Sentimos disolverse
nuestro ser en las cosas
y se hace más solemne
la soledad, más honda.
La Vía Láctea enciende
los tenebrosos cielos,
las altas copas mueve
la ráfaga de viento.

Va a nacer de la sierra
la luna de alta noche,
flor de la obscura piedra,
alma de viejos bosques.
Hasta esta amada casa
vendrá a hablar de tu ausencia,
despierta tus palabras
su luz en la alameda.
En esas largas horas
¿vivíamos? ¿soñábamos?
Estás conmigo ahora,
cual entonces callamos.
Veías y era el cielo,
oías y era el río,
oías y era el viento
y el álamo y el pino.
Era el pino el que hablaba,
lo oíamos ¿recuerdas?,
lo oyes tú en la sagrada
nueva vida en que alientas.
Escucho y es el río,
veo la luna, el cielo;
vuélvese el hombre un niño,
vuélvese el mundo un sueño.

Junto a la ola

LA ribera en marinos tumultos se estremece;
la onda, verdosa cima, se acerca, ondula, crece,
rómperse, hierve, atruena; en bruma de agua sube;
vuelan gaviotas negras sobre el ardiente ocaso;
es en la húmeda arena de bermellón la nube.
Para siempre, en la orilla se detiene mi paso.

Ya en las playas desiertas nocturno aliento vaga;
tórñase el mar sombrío; tímida el alma llora,
se entrega al mar, al cielo. El arrebol se apaga;
en indecisas brumas Sirio de luz se dora.

Quédome en alto médano olvidado en la arena.
Voz de sirena o ráfaga de mar mi oído llena:

—“Retorna, el don disfruta de las ansiadas horas;
gustarás ya maduras las antiguas primicias.
¿Solitario en la noche y el mar un sueño adoras?
¿En las olas y el cielo ves nacer las delicias?
¿Lo eterno te enamora? Vuélvete, olvida y ama;
el fruto de la vida te espera en áurea rama.

Ya la palabra llena de amor, embelesado
oíste; la tristeza te abatió sin vencerte;
en las islas elíseas de la paz has morado;
penetró tu esperanza más allá de la muerte.
¡Vuelve a la dicha, deja la rumorosa orilla!”
Clara en el mar la luna en la onda inquieta brilla.

A Malherbe

VAGA el suave aroma de las rosas, enciende
la mañana el purpúreo fulgor de las corolas;
por la hiedra y el álamo la guirnalda descende,
inquieta, ardiente, viva, a lo azul de las violas.

Capullos verdes, rojos, con la trémula rama
lucen en la onda; el cisne por las rosas navega;
hay un esmalte de oro en el mármol; me ama,
viviente en su escultura, la dulce Venus griega.

Seré el Adonis joven; las rosas en el plinto
se elevan como labios a besar a la diosa;
esconde entre los tréboles su corona el jacinto,
y al sol, rubí bermejo, se entreabre la rosa.

La luz inunda el ramo de apretados racimos,
brilla en el agua y dora la temblorosa hiedra;
y en el aroma suave que va esparciendo mimos
suspira y se sonroja la estremecida piedra.

Sutilísima música

SUTILÍSIMA música escuchada
entre las peñas donde el agua brota,
en la siesta estival, en la quebrada,
lejos del hombre, en soledad remota.

Fino arrullo de agua y ave y viento,
de ave del monte; el piquillín florido
y el algarrobo al adorable acento
penétranse en la hondura de este olvido.

Agua del claro manantial, la dríada
te ama ; en la siesta, en fresca gruta herbosa,
en el cristal de tu urna, embelesada
te escucha ; en la quietud y en ti reposa.

¿Huyó? No turbe el paso mío el suave
murmullo. Soy el árbol y el callado
amante de tus ondas ; es esta ave
mi corazón, mi sueño inexpresado.

En el otoño

DICHOSO aquel que en el otoño mira
volar las hojas de la vid al viento;
comparte con la avispa el olvidado
racimo. Tiembla el olmo y un enjambre
de hojas desciende en paz; la nube vuela
sobre la roca, el agua entre peñascos
cae; es de tarde, hay sol en las colinas,
hay sol y a ratos llueve, y una dulce
voz nos muestra en purpúrea y alta copa
la olvidada manzana, y le responden
el viento, el agua, el álamo y el tordo.

Lo infinito

ONDULA y brilla el agua azul verdosa ;
azul la tarde, en vaho de violeta
purpúrea está en el mar ; desde peñasco
ingente, en la quietud, me arroba el cielo
de etérea suavidad donde vislumbro
las estrellas de Orión ; toca mi mente
lo infinito ; la ola suena en lo hondo.

La voz amada

DESLUMBRANTE descende a la ribera
el sol; se inquieta el mar;
¿qué voz amada nuestra mente espera,
de la onda al resonar?

Arde la nube y es el mar de rosas,
cegante hoguera el sol,
brilla en la arena en playas espumosas
encendido arrebol.

Es la hora en que el amor la mente toca;
antigua voz hablar
oímos en la espuma y en la roca,
viene a amar y añorar.

Palabras de la infancia hay en el viento
y en soledad de amor,
despierta del olvido el suave acento,
suspira en el rumor.

Voz que a mi oído con dolor murmuras,
con santa intimidad,
llevóse el tiempo halagos y ternuras,
dejó amarga ansiedad.

Tinte violeta ahóndase en la niebla;
en la onda creo ver
la vida que no apaga la tiniebla,
lo que va a renacer.

Háblame, habla a mi oído, voz amada,
aquí me he de quedar;
te escucho sollozando en la estrellada
tiniebla y en el mar.

Luna nueva

YA estás sobre las cimas
de rumorosas selvas,
brillas sobre las cumbres,
los valles y las sierras,
en lo azul de las tardes
profundas, luna nueva.

En mi niñez te veo ;
con el Angelus suena
una voz jubilosa ;
la luna de la aldea
luce allá por los pinos,
en oscuras callejas.

Cuántos vivientes siglos
son ya sombra en la tierra;
cuántos ojos miraron
tu fulgor; en qué ausencias
tu silencio fué amigo
del que ama y recuerda.

El hombre adora y muere
de su amor nada queda;
¡y el hado con tu lumbre
y el brillo de la estrella,
para el gozo de una hora
forja etérea diadema!

Impalpables espíritus
en las flores despiertas;
el lóbrego murciélago
a tu fulgor revuela,
el árbol se estremece,
el agua te refleja.

Te miraba en las nubes
errantes, en la flecha
de los ruinosos templos,
en mi honda adolescencia;
era un rumor el río,
la esperanza era inmensa.

Los que te amaron yertos
yacen, el sueño velas ;
despiertas en la noche
la olvidada tristeza
de tantos que buscaron,
a tu lumbre, clemencia.

Heridas por la angustia,
el dolor, la miseria,
las almas sin fortuna
te confiaron sus penas,
y eras visión del cielo
que pasa por la tierra.

Con tu misterio antiguo
sobre cumbres y selvas,
en los siglos remotos,
volverás, mensajera
de cuantos esperaron
a los que aún esperan.

En la boscosa quebrada

HIRVIENTE entre las rocas, de cristal en la arena,
el río en la boscosa quebrada es el rumor
del mundo; en rotas piedras y en hondas grutas suena;
en la maraña el muérdago empurpura su flor.

Los cardones altísimos hacia la cumbre elevan
sus brazos que floridos verá el cielo otoñal:
de cálices de plata la ruda sierra nievan;
del molle obscuro vuelan gorgeos de zorzal.

Al misterioso acento del ave y agua y viento,
entre espinos, las flores del aire van a abrir
sus corolas aladas; vivir en mí presiento
la vida que en la piedra ya no se deja oír.

Por arenosos cauces con hierbas y raigones,
en claros ojos de agua se mira el peñascal,
y atruena al despeñarse de oscuros paredones
la nieve tumultosa del raudo manantial.

¡Estar en lo profundo del mundo y ser la entraña
de la piedra y el tiempo; en el silencio ser
la mente que medita y escucha en la montaña,
y en cielo y río y agua comienza a renacer!

Mundo y alma

EN el verdor la sombra del álamo amarillo;
entre hinojos, doradas margaritas y rojas
huellas de otoño; el sol da al cielo un claro brillo,
a la colina, al heno y al revolar de hojas.

Racimos negros, de ámbar, se doran en la olmeda,
en marañas de pámpanos purpúreos y en los viejos
chopos; gustar las uvas la abeja en lo alto pueda,
perlas de miel más dulces que néctares añejos.

Manzanas de arrebol, el higo abierto y rojo,
las peras de ambrosía, le den la primavera;
que yo en lo íntimo el fruto de mi otoño recojo
y al olvido y al sueño entregarme quisiera.

Radioso el mundo en días de paz y lumbre mora,
el corazón me dice: "mira que todo es vano";
y es bello el sol, el bosque, el cielo en esta hora,
pero en su hondura es triste el pensamiento humano.

Esperas

CALLADO, herido de inquietud esperas ;
la hora llegará ;
se hunde la luna en ásperas riberas,
mañana ha de brillar.

Esperas el abrazo presentido,
la voz que sea voz
del corazón de amor estremecido,
del insondable amor.

La noche se abriga en la tiniebla,
sobre tu frente están
vivos los astros y la etérea niebla;
moja tus pies el mar.

Te hirió la mano injusta y te consuela
la voz que ha de venir;
y olvidas, y en la noche tu alma vela,
penetra el mundo en ti.

Y en las riberas, en sagrado olvido,
con la noche de paz,
oyes la voz de amor que has presentado;
en ti y el mundo está.

Llega en la luz naciente

LLEGA en la luz naciente el gorgojo, el helado
vientecillo y el sueño con la aurora descende
al insomne; en mis ojos, con el lucero pálido,
nube encendida, vago cielo y viñas se copian;
y en lo hondo el agua fría en el alba, el ramaje
mojándose en el río; dedos de oro cierran
los párpados y el sueño se puebla de hojas, de alba.
Un tul rosado ciérnese sobre el valle montuoso.
¡Es tan tierno el retorno después de tantos años!

Piedra, río, algarrobo amado, antigua casa,
ya no soy aquel niño que mirando las hojas
verdes, llegaba al río como al confín del mundo;
ciudades, mares, cielos y almas de hombre conozco.
Y hoy en mi tierra viajo todavía; es mi viaje
por esa hondura inmensa del espacio y del tiempo;
a huyentes nebulosas de ardientes torbellinos,
a nuevos universos; y en el extremo límite
de humanas concepciones penetra el pensamiento
donde es comienzo el límite y la nada es el todo,
y el comienzo y el todo y el fin son una parte.
Ya en el sueño en una íntima dulzura, el grillo, el roce
de hojas, el recuerdo, me dicen: "Buen hermano,
reposa en la dorada soledad de la aurora,
más tarde irás al río que amaste, a aquella cumbre
desde donde solías mirar los vallejuelos".

La mansión amada.

UNA isla pedregosa hay en los mares
y en la isla pedregosa un fontanar;
entre un verdor de vid y de olivares
se mira en torno verdear el mar.

Feliz quien vuelve a la mansión amada,
más feliz si aun es suya esa mansión,
y una voz de dulzura no olvidada
le acaricia al hablar el corazón.

Un valle pedregoso hay en mi tierra
donde labró un castillo mi niñez,
el soñado castillo aun encierra
esa ilusión que no alcancé después.

¡Feliz quien mira, viña vendimiada,
florece el otoño en tu verdor
y siente al despertarse en la alborada
el viejo día en que soñó el amor!

Los dones del mundo

AL acercarme al mar me hallé con ella ;
al mediodía, y en sí misma absorta,
como la abeja en el nectáreo cáliz
la sorprendió mi paso ; sonrióse,
y contemplando la onda, el promontorio,
la nube, el valle, enmudecía ; al viento
su vestidura y cabellera ondeaban ;
la ola, de hirviente espuma en el sonoro
vórtice, el pie mojábale ; y hundida

la mano en el hervor asía el fino
polvo de agua; volvióse e indecisa
me contempló un instante; con mi ayuda,
saltó desde el peñasco, ruborosa;
sentí su aliento acariciar mi rostro,
vi en el sol sus mejillas y su cuello
rubios y sonrosados; nuestra vista
detúvose en el mar: huellas de plata
aquí y allá brillaban; estuvimos
un momento esperando la invisible
mensajera; y al verde promontorio
seguí su paso; por pendiente opuesta
descendimos al bosque; de improviso,
vuelta a mí su cabeza: “No desdeñes
la voz que ahora alienta en ti, me dice;
óyela siempre y su designio acata,
te acercará a la fuente del bien sumo;
la imagen de la nube, el cielo, la onda
del mediodía, en tu mirada brillan,
y oyes también mi acento y el murmullo
del mar y la verdosa selva; en una
quisieras tú fundir la innumerable
riqueza de las cosas; es ante ellas,
en tu mente relucen, que has entrado
en ti mismo y oíste; y el tesoro
del mundo fué mayor que el bien de tu alma.

¿Me engaño? Imperfecto esbozo el hombre desdeñó la verdad; oscura imagen forjóse y adoró de vanos sueños la apariencia; vetea el oro dura piedra; el hombre de oculta ciencia entraña verdad que es huella de la ignota mano que a la emancipación le lleva en hondos siglos; alado espíritu engendrado en la forma, en continuo amor que busca la armonía, despréndese un instante de su tirano, mírase a sí mismo, y dice: hallé mi ciencia y es mi raza la que forjara audaz el sabio numen". La vista fija en donde el pie ligero andaba y leve sombra el sol hacía correr entre la hierba, a la impensada consejera seguía, no atinando si admirar su hermosura o la severa enseñanza en la voz y el noble gesto. Ya como a alumno, como a amigo, riente, más adorable aún, me dijo: "Mira los racimos de frutos entre hojas de este manzano antiguo; todo el año florece y entremezcla fruto y flores. No es este el árbol de una injusta ciencia vedado; galardón fué el áureo fruto

de la belleza ; la preciosa joven
fué más preciosa con el don ansiado ;
mira en torno, sumérgete en la onda
viviente ; escoge entonces del florido
árbol el codiciado fruto ; ofrece
el don a la deidad que te complazca ;
mas sé prudente, cuando yazga sola,
dáselo ; así las otras, de tu mano,
el premio esperarán ; y tú, no avaro,
nuevo fruto tendrás y nuevo triunfo”.
Calló y se fué por entre verdes ramas.

Déjame...

DÉJAME, la ola negra me arrastró hasta esta orilla,
mas no es esta mi patria ni mi amor aquí está;
allá, en remotos mares la luz de mi hogar brilla;
la paz quedó en mi casa; déjame ir hasta allá!

Playas remotas, lindes del mar, región de brumas,
tempestades, prodigios, con espanto miré;
amigos y riquezas se hundieron entre espumas,
en hondos remolinos de oleajes naufragué.

Solo, en extrañas tierras, a retornar me llama
la angustia de la ausencia; volver quiero o morir;
oh, déjame y olvídame, no me olvide quien me ama;
su aflicción en las ondas llega a mi alma a gemir.

En vano tus deleites me dan dicha engañosa,
que néctares y halagos no me harán olvidar;
allá, en remotos mares se ve una isla boscosa,
isla querida en donde me aguarda el dulce hogar.

En las oscuras noches del mar sin un consuelo
me sentía empujado por un soplo traidor;
la nube estaba en la ola y la ola iba hasta el cielo
y apenas del relámpago veía el resplandor.

Entre las brumas, cuando la ola estaba en sosiego,
miraba alzarse el muro de mi casa en el mar,
veía en la tiniebla mi silla junto al fuego,
la dicha del nocturno reposo familiar.

¡Déjame! ¿Entre borrascas el viaje es imposible?
¿En escollos y vórtices la muerte encontraré?
Me arrastra a mi ribera nostalgia irresistible;
ya solo en la onda, en mares remotos bogaré.

En el silencio escucho

DEL manantial borbota el agua fría
y clara entre las piedras; estoy solo;
dentro, en mi alma, en el silencio escucho;
murmura el árbol, fluye el tiempo, y alto
brilla el sol; las retamas amarillas,
la flor del aire en el cardón, el pámpano
de racimos purpúreos, en la dicha
matinal se adormecen; la cigarra
se ahonda en la luz viva; en suave instante

la peñascosa sierra y río y verdes
marañas en mí mismo se eternizan ;
el tesoro de paz aquieta mi alma.
Murmura el manantial entre el bosque,
la piedra y el silencio. Arrobo oído
en lo íntimo ; la piedra, el agua, el árbol,
la abeja. Y siglo a siglo la Hora eterna
creadora de espíritu. El reposo
de mi alma fué el reposo inenarrable
del poeta ; él me escucha, hermano antiguo
en lo que es. En arrobo el hada entrega
al soñador la llave de los sueños ;
y la hojita menuda, el botón de oro,
el inmóvil lagarto en la hendidura
del peñasco, contemplan, viven, callan.

El arrebol palidece

EL arrebol palidece;
ya el grillo su son modula,
el ramaje se estremece
y en suave ráfaga ondula.

La luciérnaga ha encendido
su viva luz en el viento;
acecha el sapo escondido,
del buho ulula el acento.

El agua al correr murmura
y el buey ve con ojo manso
que en cielo se transfigura
el verde gris del remanso.

Por la espesura en tinieblas
van inquietos geniecillos,
hay voces entre las nieblas,
pasos y fugaces brillos.

El nogal su hoja perfuma
y da su olor el durazno.
¿Se esconde un monstruo en la bruma?
Está meditando el asno.

Oye voces misteriosas
de consuelo el que suspira;
de nocturnas mariposas
el ancho círculo gira.

Cielo estrellado

EN la alta noche, en el silencio, miro
tu luz, cielo estrellado,
por sobre negros árboles se extiende
la banda del Zodíaco.

Se elevan de la sombra las colinas
y el viento de los campos
habla a mi oído con el mismo acento
que habló al pastor arcádico.

Más acá de las Pléyades el ojo
fatal del viejo Tauro
está sobre la cumbre inaccesible
de altísimo peñasco.

Yo soy el triste amante, oh cielo, el triste
amante de los astros,
late en mis sienes el horror divino
y el deleite sagrado.

Aquí en las noches de sedante olvido
suspira el mismo labio
que en los remotos siglos de la tierra
hablara al solitario.

Rumor del viento y del lejano río,
voz de mi alma en el rapto
que al abandono universal me entrega,
al reposo, al engaño.

Llebad de siglo a siglo esta dulzura
del alma que los lazos
rompe del mundo y en el mundo encuentra
la vida en nuevo encanto.

Que yo en sosiego y en un dulce sueño
miro el menguante pálido
nacer entre las sombras que circundan
las cumbres del Velazco.

Arboles verdes

ARBOLES verdes
en la onda clara,
remanso hojoso
de cielo y agua.

En el silencio,
la piedra, el alma,
duermen; el río
copia las ramas.

Lejanas tierras,
quimeras, ansias,
verdea el musgo,
el agua pasa.

Siesta en la sierra
boscosa, el alma
está en la piedra,
la luz, el agua.

Cúbrala el musgo
en hora en que habla
un silbo, un suave
son de agua y ramas.

Quédate aquí

QUÉDATE aquí; recuerda y ama en hora
de paz. El viejo plátano amarillo
en el otoño, con nosotros mora,
y el nogal y el viñal de rojo brillo.

Muy hondo es el cimiento de la casa,
medita aquí. ¿Te olvidarán? ¿Lejano
está el mundo? La dicha incierta pasa.
Ve el muérdago crecer en el manzano.

Las violetas, los frutos entre el heno
aroman; silba el tordo en la dulzura
del Véspero; en la tarde en hondo seno,
al río, al pino oirás, música pura.

A esa hora escucho en la colina el viento,
es un murmurio en la insondable calma,
la tarde, el cielo, el mundo, el pensamiento
y la estrella suspiran con mi alma.

Oigo en la soledad esa voz vaga
de las primeras sombras, en mi arrobo
me expresa en un gorgceo que se apaga
el zorzal en la paz del algarrobo.

Retorno

EL murmurar del río
pedregoso, los álamos,
mi soledad, las cimas
de sombríos peñascos.

Contemplo el cielo, pasan
leves nubes, los astros
sobre las cumbres brillan;
ya nada espero y callo.

No habrá un cielo radioso
tras de mi eterno ocaso,
ni el amor en la tierra;
dulce alivio es el llanto.

Era niño y miraba
tu luz, cielo estrellado,
y solo en el silencio
oía el río, el árbol.

Una ansia de volverme
al no ser, sollozando
mostró al sueño mis lágrimas,
de noche, entre mis párpados.

Hoy retorno en silencio
a esos lejanos años,
al murmurar del río
pedregoso, a los álamos.

Olvida y ama

SOBRE el mar y las selvas brilla la noche ardiente;
la paz del mundo aquieta la ola, el viento, la rama,
el nocturno reposo toca la aciaga frente
y al resplandor del astro le dice: "olvida y ama".

"Olvida en el silencio de la hora infinita;
penetra en lo que encierran tu espíritu y el mundo;
sé el vivo torbellino que al pensamiento agita,
la idea penetrante y el sueño vagabundo.

La flor se entreabre ajena al ojo que la mira,
es dador imperfecto de la justicia el hombre;
el ruiseñor ignora qué oído el canto admira,
y el corazón en lo hondo guarda el amado nombre.

Mírate en lo entrañable de la hora creadora,
sé el genio sutilísimo que entiende e interpreta;
si descubres un mundo nuevo como la aurora
se anime en la palabra viviente que te inquieta.

Al pensamiento indómito como al corcel fogoso
acaricia; de Andrómeda raptor sube hasta el cielo;
disfruta en la belleza del instante fructuoso
el goce irresistible de tu insondable anhelo.

La ambición, la miseria del odio y la mentira
queden en la isla negra; la paz profunda encuentra;
la juventud retorna, va a renacer, aspira
la delicia del mundo que en ti se reconcentra”.

La ramilla del álamo

LA ramilla del álamo sin hojas
tiembla en el viento;
junto al río, en la piedra, el musgo es verde,
y azul y claro el cielo.

Por senderos de espinos y peñascos
veré mi amor de nuevo;
tres cipreses inmóviles reposan,
verdes al sol y negros.

Cipreses en la luz de la mañana
de tibio sol de invierno,
la fantasía ve animarse el mármol,
oye la voz del tiempo.

Pasan, atropellándose, las cabras,
los ladradores perros;
en los troncos enormes crece el musgo,
en luz de sol me ciego.

Dore el sol vuestras copas, que yo busco,
en peñascal espeso
la fuentecilla clara; ahí mi espíritu
reposará en silencio.

En la hora de la dicha

ESTA es la orilla donde debí embarcarme una hora,
¿en la hora de la dicha? ¿A qué país lejano?
La nube, el olmo, el viento dan a mi alma que añora,
con la huyente hojarasca, respuesta a un sueño vano.

Renaces en mi espíritu, indefinible anhelo,
retornas y no miras esta hojarasca huyente;
vuelan nubes al viento y en el mar; claro el cielo,
es un cielo de otoño, pálido, alto en mi frente.

¿Qué hay más allá del mundo triste? En el mar erra
Ulises ¿sólo sombras halló en oscuro Infierno?
En los remotos cielos ¿brillas, patria distante,
más allá de la muerte? ¿Todo muere en lo eterno?

¿Podrá, libre el espíritu, buscar la inmensa aurora
con la escondida lámpara que Psiquis encendiera?
Escucho en el otoño la voz que me enamora,
cual si en la muerte misma lo inmortal respondiera.

Una fuente de vida, de fe, en el mundo nace;
vemos con ojos puros tras del humano velo;
el ansia insatisfecha a sí se ignora y hace
de la ilusión caduca brotar un nuevo cielo.

En el silencio

EN silencio el coloquio es más profundo,
el amor nos alberga en el hogar,
la dicha es de un instante y en el mundo
la voz de la esperanza callará.

En nuestra dicha hay un dolor sagrado,
juntos lloramos, y es llorar, nacer ;
nacer en un recuerdo idolatrado,
vivir en la delicia que se fué.

¡ Ah no todo en la tierra es sombra y nada,
hay mundos de ternuras y de amor ;
lloramos, y en la tumba abandonada
la flor preciosa del amor brotó !

Recordemos, cual lámpara encendida
en la paz, ese amor alienta aquí ;
ha de pasar el sueño de la vida,
voz amada, detente, aun puedo oír.

Hora de paz, detente ; la alegría
retorne en el silencio a nuestra fe ;
ha de llegar el misterioso día,
podemos, olvidándonos, creer.

Unámonos en torno de la lumbre,
el recuerdo se vuelve amor y paz ;
quizá mañana ya esta luz no alumbre,
en la sombra vendrá la tempestad.

Más allá...

SI pudiera dejar mi forma humana,
si pudiera en espíritu volar,
volar sobre el tumulto de las olas
en la verdosa soledad del mar.

En el sordo rumor de la ola inquieta,
mi amor lejano, el mar me habla de ti.
¡Si nuestras almas en errante vuelo
pudieran en un éxtasis vivir!

Vivir en la dulzura de los sueños,
en la vaga ternura del amor,
y encontrar el refugio de la dicha,
en la tarde, en el mar, en la ilusión.

¡Huyamos; hay una isla donde moran
las delicias; volemos más allá;
más allá de la vida y de la muerte,
de la verdosa soledad del mar!

Volvamos a vivir

¡VOLVAMOS a vivir los bellos días
de juventud, de sueños y de amor,
oigamos olvidadas melodías
en la tarde, del mar en el rumor!

De la onda trae el aura tu respiro,
me acaricia, de ti me viene a hablar,
te llamo, en la ola tu sonrisa miro,
mientras resuena estremecido el mar.

¡Volvamos a esos días de ternura,
de indecible ventura y de embriaguez,
y despierte en mi pena, en mi alma oscura,
la delicia de amarnos otra vez!

Penetran en la noche el mar, el cielo;
te recuerdo, el amor viene a llorar;
es infinito este inefable anhelo
en el silencio y el rumor del mar.

Sortilegio

¿Y A no escuchas la voz del que te ha amado,
del que en silencio, en éxtasis te amó?
¿Suspira en ti un recuerdo idolatrado,
el balbuceo de una confesión?

¿Tu corazón es fiel y siempre adora?
Eras la dicha, una hada, una mujer,
renace mi alma al recordarte y llora;
¡si a esos días pudiéramos volver!

Vagaba la oración del campanario
en la paz y el perfume de azahar ;
siempre fuí, tú lo sabes, solitario ;
cual nunca entonces que te supe amar.

Había un vago aroma de jardines
en la tarde de estío y de ilusión,
y blanca entre la flor de los jazmines
te asomaste indecisa a tu balcón.

Te miré entre las gasas en esa hora
en que la luna brilla en el ciprés ;
yo era en silencio el que callando adora,
y en lo íntimo del alma te adoré.

Apenas la palabra si podía
mi arrobó y mi ternura interpretar,
en ti la voz de mi destino oía ;
“nadie cual yo — dijiste — te amará”.

Se humedeció de llanto tu mirada,
tornaste la cabeza ; un serafín
eras tan suave y lánguida y callada ;
¡si aun pudiera contemplarte así!

No fué el vago embeleso de un instante,
fué el sortilegio inmenso del amor ;
me veo, en un pasado tan distante,
en tu mirada, escucho aun tu voz.

Muchas veces tu nombre me detiene,
me aprieta el corazón, viene a gemir ;
el dulce amor irresistible viene
y en su misterio te contemplo a ti.

Venturas e inquietud

LA mañana en las piedras y en los álamos brilla,
alto es el cielo y claro y en la dicha es mejor
seguir la orilla umbrosa del río y en la orilla
mirar la luz, el agua, soñar en el amor.

Vivir en la delicia de olvidos y de engaños
de unos ojos que miran sin dejar de mirar,
cuando el mundo radioso de los dieciocho años
va a reír con nosotros y a veces a llorar.

Hay jardines en noches de rosas y de estrellas,
hay ternuras, hay ansias de amar y de morir,
cómo hablan y enamoran las sonrisas tan bellas,
las palabras que siempre quisiéramos oír.

Escucha nuestro paso la luna en las callejas,
con nuestra sombra a solas nos damos a vagar,
perfumes de jazmines hay en patios y rejas,
hay en el alma joven un confiado anhelar.

Ancho es el mundo, el alma libre, la frente altiva,
la estrofa es una espada y el arte un torreón,
la belleza en lo íntimo del ser su llama aviva
y un gran rumor de gloria nos llena el corazón.

¡Amigos de ese tiempo de inquietud y ventura,
cómo olvidar, amigos, venturas e inquietud,
si el ideal soñado se renueva y perdura
como en los frescos años de amor y juventud!

(¡También oigo el acento que hablaba en mi tristeza
en provincianas tardes de una honda soledad,
ah, yo era un solitario y amaba la belleza,
en éxtasis oía voces de eternidad!)

El Véspero en las sierras oscuras se ilumina,
el amor engalana las rejas de un balcón,
yo veía en las tardes la luz de amor divina,
el tesoro de anhelos, de rosas, de ilusión.

De ilusión y de rosas; ya todo era de rosas,
de rosas que en mi arrobo siento aún renacer,
en esas tardes mágicas, en noches melodiosas,
en el sol, en los álamos y en lo que ha de volver.

En la luz ríen

EN la luz ríen
las flores húmedas.
¿Vas a decirme,
boca purpúrea,
entre racimos
de luz y pétalos,
lo vago y lo íntimo
de mi secreto?

Arboles verdes,
la luz os dora;
decidme: siempre;
decidme: ahora.

Campanas de oro,
lenguas de plata,
alegres órganos
de la alborada;
en la luz ríen
las flores húmedas;
voces sutiles,
dicha, te llaman;
bocas purpúreas,
lenguas de plata,
dicha, te anuncian.

Alborada

LA nube es rosa
y el alba azul;
mi alma reposa,
y me amas tú.

Tú, ¿hoja? ¿capullo?
¿Cómo te llamas?
Eres arrullo,
dices que me amas.

En la arboleda,
sueño y delicia,
tu voz es seda
que me acaricia.

Hay en colinas
y en hondonadas
leves neblinas,
brumas doradas.

Y hay un profundo
trino en la calma,
¿canta en el mundo?
¿canta en mi alma?

Y en tu sonrisa
tu amor me espera,
flota en la brisa
de primavera.

Nocturno

ENTRE la luna
álamos negros,
en la alta noche
y en el silencio.

Temblor de plata
los vuelve el viento
en la onda inmóvil
de luz de cielo.

¿Por qué sollozas,
álamo negro,
estremecido
por el recuerdo?

Noches y noches
fuimos siguiendo
bajo los álamos
un vago ensueño.

O en tardes puras,
brillaba Véspero
y érase el mundo,
mundo de sueños.

Horas remotas,
mi alma ¿qué se ha hecho?
Su amor, tan triste,
¿está ya muerto?

Entre la luna
álamos negros,
temblor de plata
los vuelve el viento.

Alamos, álamos verdes

ALAMOS, álamos verdes,
lucid, — que la dicha viene, —
al cielo, al sol;
verdes y sonoros álamos,
moved al aire los ramos,
viene el amor.

Campos, campos de altos trigos,
entre el oleaje amarillo
canta el amor.

¿Lo ocultan los trigos altos?
Por los trigos, verdes campos,
se oye su voz.

Por ahí, donde la alondra
revuela y el canto entona,
viene quizá;
donde la alondra revuela
y entre trigos hay verbenas
mi amor está.

Alamos y áureas retamas,
rubia flor en la mañana,
ríe el amor;
floridas retamas y álamos,
moved al aire los ramos,
al cielo, al sol.

Amor de primavera

EL amor me dice: espera,
y ríe en la primavera.

Revienta en trueno violento
la ola encrespada en el viento,
flota en el aire su aliento,
brilla al sol en la ribera;
y el amor me dice: espera,
y ríe en la primavera.

La dicha, errante gaviota,
revuela entre la onda rota,
en el agua que borbota
y el aire que reverbera;
y el amor me dice: espera,
y ríe en la primavera.

Al recuerdo aún oímos

EN la colina brilla Venus pálida,
está la luna llena en el cenit,
en luz de luna hay nieve de azahares
como en la vaga tarde en que te vi.

Los umbrosos naranjos son de plata,
se exhalan en aroma en la quietud,
parece que vivieran nuevamente
la primavera en que me amabas tú.

La fragancia de octubre en el silencio,
el cielo de sedaña claridad,
la montaña y el río y nuestras almas
en el murmurio de la noche están.

No ha pasado la vida, nos envuelve
en su red misteriosa la ilusión;
en la noche al recuerdo aún oímos,
aún oímos nuestro corazón.

En las nubes radiantes

EN las nubes radiantes de auroras del estío,
de dicha y cielo azul,
fuimos hacia países y hacia mares remotos
en viaje inolvidable. No lo recuerdes tú.

En las brumas doradas había un mundo nuevo,
nacía entre la luz;
de esplendor coronados, en la ilusión absortos,
con el amor bogábamos. No lo recuerdes tú.

Inmortal era el mundo, la esperanza sin límites,
gozosa la inquietud
de ir al azul divino, hacia los nuevos cielos,
a riberas edénicas. No las recuerdes tú.

Ya el geniecillo inquieto no vuela con la nube,
no es ráfaga de luz;
ya los mundos remotos, las riberas edénicas,
están en lo imposible. Que aún lo ignores tú.

En la tarde de estío

ANTONIO, en esta tarde de estío, oliente a hierba fresca, a peras caídas en el césped, al ramo de manzanas purpúreas, esta casa conserva la presencia imborrable de cuanto amaba y amo.

Hay palabras que vuelven, — me están hablando ahora —, alborozos de niños, claras voces joviales; el sol, montañas, álamos, negros racimos, dora, las granadas maduras, los verdes hinojales.

En arenosa acequia el cristal de agua pasa ;
llega un gorgéo, un grito, vago ruido lejano ;
el pájaro, las rosas pueblan la vieja casa ;
despierta del olvido el preludio en el piano.

En los añosos árboles, en la espesura de hojas,
goza la abeja el néctar de pulpa azucarada ;
esta miel de las uvas de ámbar, moradas, rojas,
los higos negros, rubios, de fina piel rasgada.

En su meloso almíbar se aroma la ciruela ;
entre verdes naranjas y áureas limas, en rama
de azahares perennes, el picaflor revuela,
sonoro y vivo lampo de verdeante llama.

Aquí la dicha antigua con la paz se ha quedado.
¡Si retornar pudiera a esos días sencillos :
reposar en el Angelus, en el aire aromado
de una agreste fragancia de menta y de membrillos !

Y no ser el que hoy busca con la sombra naciente
la nube vagabunda, la estrella en la colina,
y añora en un silencio antiguo, indiferente,
mientras vuela el murciélago y el grillo el son afina.

Canción de enamorado

MIRO, en la estrella me mira,
en la noche me responde,
con mi amor su amor suspira,
pero dónde, no sé dónde.

Con suaves dedos me toca
su imagen y me embelesa,
su boca se une a mi boca,
junto a la ola me besa.

Veo añoradas delicias
en mar, en espuma y cielo;
en esta hora me acaricias,
ala de remoto anhelo.

Me llevas, ala ligera,
voy contigo, bienamada,
si fué muy larga la espera
mi alma está ya libertada.

La noche en el mar fulgura
y apaga en profundo instante
de ilusión, mi vida dura
de sombrío caminante.

Silencio nocturno

SILENCIO nocturno, ya la voz apagas,
los labios del niño con dulzura sellas,
de sueño y olvido su alegría embriagas,
se duerme. (Yo miro tu cielo de estrellas).

Entre mis rodillas callado reposa,
en sus labios vaga sonrisa inocente,
aun oye en tu seno la voz cariñosa ;
tu voz, oh silencio, penetra en mi mente.

Despierta ternuras, eternos cariños,
resuenan las voces que el tiempo apagara,
y estoy en los corros alegres de niños,
allá por los álamos, en la noche clara.

Retorno a los juegos de infantil delicia
cuando nos conduce bienhechora una hada;
silencio nocturno, mi mano acaricia
la frente del niño de paz no turbada.

A Safo

EN lo alto, en lo alto, de la rama luce
la manzana madura;
alta, muy alta, se quedó en la rama,
no han de alcanzarla nunca.

Alta, muy alta, más que el árbol, Venus
en el cielo fulgura,
en vano, en vano, avaros ojos miran
sus vivas luces puras.

En el bosque entreabríase el jacinto,
lo holló con planta ruda
la muchedumbre agreste, ay, que no admira
su corola purpúrea.

Pasa y aplasta y el gemido ignora,
la bella voz no escucha;
de amor y de piedad, almas divinas,
para el tropel son mudas.

Yo escucho, Safo, tu inmortal acento,
y oigo en mi alma la angustia
de la estrella o manzana que han caído
y están en manos rudas.

Un genio sutilísimo

UN genio sutilísimo te ha hablado,
tiembla aún la corola de la flor
en el rayo de luna perfumado.

—Fué un engaño quizá, quizá el amor.

—El amor no ha querido ahora hablarte
en esta espiritual profundidad.

—Hora divina, no podré dejarte,
dime el secreto, dime la verdad.

—El agua del estanque se estremece,
refleja de la luna el esplendor,
el viento las oscuras ramas mece;
del bosque, en el silencio, es el rumor.

—Nos invitan espíritus alados,
los moradores de la noche son;
ven, huyamos con ellos, libertados,
por la azul, por la mágica extensión.

En el rayo de luz y el invisible
fluir del pensamiento, en la quietud,
vamos; es el señuelo irresistible
de libertad y de áurea juventud.

La Infantina

E STÁ la hermosa Infantina
en el hayal hechizada ;
suspira en la noche y gime,
suspira en la noche larga.
Mi corazón en silencio
siente en vano que le llaman,
en la copa de este roble
me hadaron las malas hadas.

Le hable por mí el ruiseñor,
por mí a la señora Infanta:
quisiera mirar sus ojos,
quisiera besar su cara,
quisiera hablarle al oído,
quisiera unir nuestras lágrimas.
Brilla en el mar el lucero,
brilla la luna plateada,
el amor esparce mieles,
floridas ríen las aguas;
hoy traen la primavera
las nubes de la alborada;
hoy es el día de dicha,
el que pida hallará gracia;
deshaced el negro hechizo
que envuelve a mi bella Infanta,
de la cárcel de este roble
libertadme, buenas hadas.
—“Sueños son de enamorado,
sueños son de la alborada,
la Infanta está en los jardines,
jardines de rosas claras”.
Despierto miro el lucero,
miro el lucero del alba,
y oigo a la hermosa Infantina
en el hayal hechizada.

Tamboriles

TAMBORILES viejos
y rústicas flautas,
sois el triste acento
de extinguidas razas.
Suena el tambor, suenan
las flautas, las cajas,
la selva caída
resucita y canta:

“El bosque y el indio
ya no serán nada,
si aún queda el cóndor,
si aún queda el águila,
y en la sierra ocultos
chañares y talas,
quebrachos floridos
de ásperas quebradas,
con los viejos árboles
se encarniza el hacha;
guanacos, vicuñas,
hierro y muerte hallan;
la mano enemiga
se lleva la patria;
ya se van los hombres
que oyeron nuestra alma;
del padre algarrobo
cayeron las ramas,
tamboriles viejos
y rústicas flautas”.

Evocación

Es la siesta en el bosque,
en la piedra, en el páramo;
con vivos ojos mira
inmóvil el lagarto.
En el silencio cruje
la rama, silba el pájaro;
hay un pavor antiguo
en el sol, en el árbol.

De obscura arena un viento
de remolinos raudos
se agolpa; el viejo bosque
retiembla, de guanacos
llega el tropel y pasa;
y detrás, con espanto
de aparición, la sombra
de los indios que el rastro
siguen entre algarrobos,
lomadas y peñascos.
Huyeron. Es la siesta
en el bosque, en el páramo;
en el silencio cruje
la rama, silba el pájaro.

Tú enciendes la lámpara

ESTÁ sombrío el cipresal, borrosa
resuena la campana, en los espejos
de sala oscura, tarde lloviznosa
se desvanece; el mundo queda lejos.

Y tú enciendes la lámpara, al poeta
lees; la melodía, en ti ferviente
voz de olvidada amiga: ansiosa, inquieta,
vuelve; es lumbre inmortal en nuestra mente.

La delicia inefable en mi alma infunde,
resplandece en los versos de áurea gloria.
La luz apaga, que otra luz me inunde;
ven, dime ese poema de memoria.

Sé el poeta que en ti se transfigura
y canta; dame el bien de la palabra
milagrosa; conviértete en ventura
eterna; un nuevo mundo el numen abra.

En la sombra tu voz penetra en esa
maravilla; da vida al son que pasa;
quede la clara voz vibrando, cesa;
déjame en el silencio de la casa.

Espíritu libre

REFLEJA el río la tarde,
nube y árbol, en quietud;
en oscuras cimas arde
la Cruz del Sud.

¿Qué buscamos? A una orilla
iremos a reposar.

¿Allá donde el cielo brilla?

¿Más allá de mundo y mar?

Hay una barca que lleva
¿a qué ignorada región?
El pensamiento te eleva,
te impulsa, audaz ilusión.

Espíritu libre, el mundo
no te podrá detener;
vas en lo eterno errabundo
y en tu propio ser.

Hombre eres y en ti el hombre
único ha de despertar;
borra el proviseroio nombre
ante la luz estelar.

Ya no hay insondable abismo,
vamos, espíritu, a oír
en el mundo y en ti mismo
lo que nunca ha de morir.

La medrosa ciencia olvida,
es hora de renacer;
bebe en las fuentes de vida,
penetra en el libre ser.

Rompe este nudo que ata,
deja la oscura ansiedad,
no es la muerte, te arrebató
la vida en su inmensidad.

Júpiter resplandece

JÚPITER resplandece desde la negra sierra
y la luna en creciente brilla en nevada cumbre;
la selva oscura siente la vida de la tierra,
desciende entre las sombras la extraterrena lumbre.

Inmensidad con nubes de australes nebulosas,
inmensidad más honda que el latir de mis sienas,
en éxtasis ardiente de etérea luz reposas,
bajel que hacia lo eterno desde lo eterno vienes.

Junto al árbol sombrío te contemplo un instante,
soy mente y me estremezco en la cósmica hondura;
y oigo el rumor de hojas en la calma, el sedante
silencio me acaricia y en la noche es dulzura.

En los bosques, oh cielo, me invade tu belleza,
tu grandeza inviolable, lo inmenso de tu gloria,
y eres, luz, el principio de una otra luz que empieza;
yo no seré; y es sueño fugaz la humana historia.

El alma adora

MIRO de acantilada
ribera, el mar, la estrella, en hora
de dolor; arrobada
en ola y cielo, el alma adora.

En su inquietud herida,
halla en la noche y el reposo
una entrañable vida,
regazo amado y amoroso.

Libre en lo eterno, ignota
mano la eleva y transfigura;
en soledad remota
se embebe en armonía y hermosura.

Domina el torbellino
del tiempo, oye el profundo
nombre; desde el seno divino
renace en otro mundo:

en otra vida; allá en la lejanía
de las esferas fulgurantes;
penetra aquí en la melodía
de músicas distantes.

Resplandeciente, absorta,
al bien sumo ligada,
en amor se transporta,
en su embeleso acariciada.

En lo hondo el mar resuena ,
lo inaccesible ya en la mente mora;
de un nombre mi alma llena,
en ola, estrella y cielo, adora.

En la hora íntima

CORONA árbol inmenso la colina,
oscuro en la rosada claridad
del poniente y la estrella vespertina,
erguido en la azulada inmensidad.

En el anochecer la paz descende
al vallejuelo y a mi corazón;
lo divino en mi espíritu se enciende,
de lo humano abandono la prisión.

Voy errabundo por sendas montuosas,
fragantes en la hojarasca otoñal,
por colinas y por cuevas umbrosas;
oigo la tarde, escucho el manantial.

Con la sombra creciente el árbol se une
a la nube, a la estrella y al peñón;
y la noche ya oscura nos reúne
bajo la celestial irradiación.

Oye, amigo, el secreto

OYE, amigo, el secreto sentido de las cosas,
la palabra es alvéolo donde una miel se labra;
pon tu oído y escucha las voces misteriosas,
sentirás el profundo latir de la palabra.

Cuando en la noche mires el mar, la cima, el cielo,
detente y en silencio recógete en ti mismo;
eres hombre, en tus ojos está el humano velo,
desgárralo y péntrate del luminoso abismo.

Caminas y el purpúreo capullo tu pie huella,
en el cielo, en el alma, miras sólo en tu orgullo,
una brutal mentira tu intacta mente sella,
sordo eres a la gracia del hollado capullo.

Cuando la estrella brilla sobre el mar rumoroso
y en las cumbres y selvas ¿qué es en ti lo que existe?
Vuelve al callado seno de un más noble reposo;
medita esas palabras que con desdén oíste.

El mundo reposa

TU grande alma dolorosa
viene esta noche a gemir
en mi alma; el mundo reposa,
viento y cielo van a oír.

El remoto mar murmura,
habla en mí lo inexpresable,
tu estrella, la estrella pura
de amor, el cielo insondable.

Está tu amargura inmensa
en mi corazón y el mar;
tu alma en lo eterno piensa,
vuelve al mundo a sollozar.

Tu recuerdo entre la hierba
tesoros de amor esconde,
¿qué dicha al hombre reserva
la vida? Ya huyó. ¿A dónde?

El ala del Angel viste,
oíste la augusta voz;
mi alma es alma más triste,
ya Rut no encuentra a Booz.

La noche estrellada mira,
escucha el sordo rumor,
y al oír tu voz suspira
ante el nocturno esplendor.

Y el hondo dolor del mundo
va en melodía gimiente
de amor, de anhelo profundo,
¿a qué inaccesible mente?

Oigo la voz que responde,
te escucho en silencio y lloro.
¿Dónde? Tu alma dice a dónde.
¿Dice a dónde? Dice adoro.

Unas voces de niño

LA noche clara está sobre mi frente,
plañe aún la campana en la oración,
y unas voces de niño, dulcemente,
tocan en la quietud mi corazón.

Yo también fuí aquel niño, reclinada
la frente en el silencio, en esa paz
de vagos sueños, de ilusión colmada;
fué la noche la misma, el mismo hogar.

Y si en futuros años contemplara
la colina, la estrella, en mi vejez,
y oyera de otro niño la voz clara
volvería el antaño a aparecer.

Miraría el paisaje de una vida,
lo que fuí, lo que amé, lo que olvidé,
y nube en el azul desvanecida
lo que nunca podrá volver a ser.

La noche inmensa está sobre mi frente,
fulgura en su luciente majestad,
y toca el corazón, tan suavemente,
la añoranza que viene a suspirar.

En el verdor de hierba tierna

NIEVE amarilla es el aroma en alas
del aire luminoso,
en el verdor de hierba tierna exhalas,
calandria, el canto en ímpetu gozoso.

También mi corazón en claros días
hacia tu sol revuela,
despiertan misteriosas armonías
y algo profundo en su inquietud anhela.

Hoy en la onda de luz de la mañana
a un áureo mundo asomo,
y en tu canto, calandria, se engalana
el universo y el florido aroma.

En el prado y la nube me fascinas,
con tu vuelo me llamas,
lampo luciente, en el espacio trinas,
en el vivo esplendor de la luz amas.

¡Que a la noche estelar de nieve ardiente
pueda llevar mi gozo,
y sienta lo que ahora mi alma siente
al renacer, calandria, en tu alborozo!

Me criaste en tu hondura

ME criaste en tu hondura, noche maravillosa,
me diste en tu silencio la esencia de mi ser;
a tu cielo de estrellas fué mi alma medrosa
en su indecible anhelo de amar y conocer.

En tempestad de nieves de huracanado invierno,
en los cielos radiosos de la paz otoñal,
tímido, me llevabas al umbral de lo eterno,
de tu esplendor nacía la esperanza inmortal.

Encendiste mi lámpara en la sombra; si niño
aún, no pude en páginas de eternidad leer,
en tu seno materno hallé paz y cariño;
tú volverás, oh noche, mi lámpara a encender.

Tú que en oscuros siglos viste alzarse la cumbre,
al agua abrir los valles y el peñascal hollar,
nacer, morir las selvas, las razas, donde en lumbre
de una edad más remota miraste ondear el mar.

De pedregosos cerros te contemplaba, a solas,
unías a la tierra y al cielo en tu fulgor,
alentaba un mensaje de estrellas y corolas,
mi alma en tus vergeles era una flor de amor.

Tú en el tiempo engendraste la hora de belleza,
el insaciable anhelo de bien y eternidad;
tú me llevaste al linde donde otra vida empieza
y a mi sed le ofreciste la fuente de verdad.

Siempre contigo elévame a la ardua y noble idea,
y libre en la fluyente onda vital de ser,
haz que la inenarrable visión contigo vea
y pueda en lo profundo de mi mente entender.

Hora de plegaria

HORA de plegaria y fe
que labios y manos junta,
hora en que no se pregunta
sin ¿por qué? ni ¿para qué?

Alivio de humano lloro,
gracia naciente en el hombre,
raudal de oculto tesoro,
de fe en el divino nombre.

Voz del íntimo consuelo
que todo salvas y vences,
traes a la tierra el cielo,
acaricias y convences.

¡Toca mi corazón duro,
penetra en mi mente triste,
templa mi dolor oscuro
con la fe de lo que existe!

Si nadie mi pena entiende,
tú mi pesar interpreta,
sé la estrella que se enciende,
el abrazo que me aquieta.

Con blanda mano de niño
mi alma llorosa halaga,
dáme el ansiado cariño,
la fe que ya no se apaga.

Pueda penetrar mi mente
en la insondable delicia;
y vivir eternamente
en tu amor y tu justicia.

La mano del hombre hiere,
el rudo labio blasfema;
en ti mi esperanza quiere
la bondad de Dios suprema.

Amarga es mi humana ciencia,
alumbra mi impuro lodo;
hazme niño en la inocencia
de ignorar y amarlo todo.

Tú que en mi alma escrita
hallas la palabra buena,
sé la voz que resucita
y no la voz que condena.

Mi ansiedad de la verdad,
verdad eterna me entregue
y en el dolor mi alma llegue
a ser paz y santidad.

A Manilio

LA noche incomparable es áurea espuma
luciente, es un temblor de luz el cielo,
de nebulosas diamantina bruma
extiende en negra cima ardiente velo.

Tu olvidada palabra en esta hora
despierta; en otros siglos tú miraste
la Vía Láctea, alba luz de aurora,
fuiste poeta y lo infinito amaste.

Llégame de otra edad viviente el verso,
en la sombra nocturna se ilumina;
hoy contemplo contigo el universo
y un otro pensamiento en mí germina.

Pero en la onda del tiempo, en la callada
noche que en cima lóbrega destella,
en este instante somos la mirada
de un hombre mismo ante una misma estrella.

Escucho ahora

TE olvidé en la hora bella; escucho ahora
tu voz; otoño el pámpano enrojece;
en la alameda y la quietud añora,
en vagante arrebol se desvanece.

¡Si tu mano se uniera con la mía,
y en mi hombro reclinárase tu frente!
Es etéreo vergel de melodía
la estatua, el árbol y la nube huyente.

Me sigues y hablas en la senda herbosa.
¿A dónde el hada buena nos conduce?
Nos difunde en la niebla vagarosa;
sobre el ciprés oscuro Venus luce.

Del nocturno esplendor la urna vierte
néctar de paz, de ultraterreno olvido;
parece que volviera a conocerte
al entrar en un mundo presentido.

Ahí me esperas; en dichoso engaño
tu palabra en lo eterno me acaricia;
vuelve contigo ese entrañable antaño,
vuelve contigo esa inmortal delicia.

Si el alma oyera

¡SI el alma oyera, siempre más clara, la imprecisa voz! La voz de consuelo, en la inquietud patente. La escucho, es un murmurio y es de amor; indecisa vaga, retorna, acerca a otra vida mi mente.

¡Ah deleznable gloria de un instante, existencia donde infinita el alma para morir nacida, siente llegar en alas de misteriosa esencia de amor incorruptible la perdurable vida!

Oye en el universo las voces que se llaman
en la noche, en la estrella, en el dolor; las lleva
la dicha y el gemido, se buscan y se aman;
hacia la tierra vuelven, van a una lumbre nueva.

¡Alma, visión, recuerdo, te abrazo, sombra errante;
a mi oído dijiste lo que oía y ya ignoro;
en la noche de siglos, enternecido amante,
no sé dónde me llama lo que anhelo y adoro!

Cuando es aliento apenas de rosas deshojadas
el insaciable espíritu, la voz de amor escucho;
no todo es tierra; esperan, del mal purificadas,
al amante, las almas de los que amaron mucho.

No es hora aún de reposar

VIAJERO taciturno de la noche,
extraviado en la sombra frente al mar,
no escuches esas voces que te llaman,
no es hora aún de reposar.

En las hirvientes olas el beleño
te ofrece las mansiones de la paz;
busquemos el camino, hay mundos nuevos;
no es hora aún de reposar.

Tú sientes en tu espíritu el anhelo
de la azul, misteriosa inmensidad;
yo contigo me iría, mas, detente,
no es hora aún de reposar.

Cavemos los cimientos de la casa,
alcemos las paredes del hogar,
encendamos la lámpara en la sombra
de renovada y noble humanidad.

Oían nuestro acento

EL mundo en lo infinito
se vuelve una añoranza,
un devaneo, errante
allá, en las noches áureas.
Es tiempo aún, vivimos;
la indecible nostalgia,
— vendrá, vendrá, el instante —,
para siempre nos llama
a un viaje sin retorno
al sueño, a la esperanza.

Oían nuestro acento
las aguas rumorosas,
el sol en claros pámpanos;
nos vieron, a la sombra
de alamedas y pórticos,
vagar en la remota
dicha, por los elíseos
jardines, en las horas
en que los ojos ciérranse,
y el alma escucha, absorta.

Añora el ciego, en éxtasis,
la maternal plegaria,
con los felices ojos
abiertos en la infancia;
entre las nuevas gentes
con las antiguas habla;
lleva un mundo ya muerto
viviente en su mirada;
allá quedó la dicha,
allá el amor aguarda.

Desde el peñón mirábamos
el río entre las piedras,
en viejos saucedales;
ya en las profundas sierras
la tarde era una música;

por las vagas callejas
volvíamos absortos
en la hora en que la estrella
y la lámpara enciéndense,
en que los niños rezan.

Despiértase el murmurio
de alamedas y de aguas,
al viaje nos invita
la nube en la montaña,
renuévanse y perduran
insatisfechas ansias;
todo retorna, vuelve;
la estrella, tu palabra,
los jardines elíseos;
oímos nuestras almas.

En su palabra

ABREME el corazón; soy el amor, la mano
que toca el alma, el beso que toda herida cierra;
por mí se hace divino el triste lodo humano,
y la piedad renace, luz sagrada en la tierra.

Sobre mi pecho, junto con mis brazos abiertos,
las frentes desunidas; al desdeñado asisto;
soy justicia en los vivos; salvación en los muertos,
por mí el hombre se llama hermano en Jesucristo.

Si otros dioses adoras, si en mi verdad no fías,
no maldigas mi nombre, pues yo te amo y te sigo;
y hoy en tu pena encuentras las dulces manos mías,
las manos desdeñadas del olvidado amigo.

Hasta el último instante que alientes en la vida,
en tus horas aciagas, sabrás que siempre velo;
yo soy el que perdona, soy el que nunca olvida,
el que dice en tu alma las palabras del cielo.

Siéntate ya a mi mesa, toma mi pan, mi vino,
renace en mi palabra y vive en mi justicia;
yo te inspiro, te espero, te ayudo en tu camino;
hermano que consuela y padre que acaricia.

En deleitables horas

LA fantasía, en deleitables horas,
habla a mi oído, voz sutil y amada;
trae a mi mente el peñascal, el viento,
rumor de selva y agua; el mediodía
en la quietud; monótonas cigarras;
yacemos a la sombra. El mar, el bosque,
los cielos estrellados desde cimas
de altozanos oscuros; espumoso
el río; al sol una áspera pendiente

de piedra y matorral: ahí quería
 tornarme en invisible ave en el molle.
 Rezuma húmeda piedra el cristal de agua,
 en huecas rocas cae, hierve; en sierra
 boscosa se remansa. El ciervo escucha.

Fantasía amorosa, edén oculto,
 oímos el murmurio de alamedas
 entre las sombras donde brilla el astro,
 en la paz. En los álamos, del viento
 al rumor, un aroma era el estío
 en añorada tarde, cuando viste
 en la colina el resplandor de Véspero.

El amargo misterio endulzas, velas;
 hablan los que en reposo para siempre
 viven. ¡Volved, volved, voces amadas,
 cariños y ternuras, mentes nobles;
 espíritus de amor, habladme siempre!
 ¡No todo apaga el tiempo; en hondos siglos
 unidas moran almas fraternales,
 purificadas del caduco lodo,
 en sagrada amistad; ya no hay olvido!

Sonríes, voz sutil, bella urdidora:
 “La hora infinita labra el universo;

es la audaz intuición en lo entrañable
la que engendra en las formas el espíritu.
Maduro el fruto de la ciencia aroma;
el árbol canta, es el poeta, escucha;
¿el fruto, el árbol, el poeta? El mundo.
El mundo, el corazón, la melodía".
Callas; en el silencio resplandece
la noche, en la montaña, en el Océano.

I N D I C E

El ramo de oro	5
Mar y montaña	7
La luz en el mar	9
Con el mar y la estrella	11
La velada	13
La caricia anhelada	15
Vivíamos	17
Junto a la ola	19
A Malherbe	21
Sutilísima música	23
En el otoño	25
Lo infinito	27
La voz amada	29
Luna nueva	31
En la boscosa quebrada	35
Mundo y alma	37
Esperas	39
Llega en la luz naciente	41
La mansión amada	43
Los dones del mundo	45

Déjame	49
En el silencio escucho	51
El arrebol palidece	53
Cielo estrellado	55
Arboles verdes	57
Quédate aquí	59
Retorno	61
Olvida y ama	63
La ramilla del álamo	65
En la hora de la dicha	67
En el silencio	69
Más allá... ..	71
Volvamos a vivir	73
Sortilegio	75
Venturas e inquietud	79
En la luz ríen	83
Alborada	85
Nocturno	87
Alamos, álamos verdes	89
Amor de primavera	91
Al recuerdo aún oímos	93
En las nubes radiantes	95
En la tarde de estío	97
Canción de enamorado	99
Silencio nocturno	101
A Safo	103
Un genio sutilísimo	105
La Infantina	107
Tamboriles	109
Evocación	111

Tú enciendes la lámpara	113
Espíritu libre	115
Júpiter resplandece	117
El alma adora	119
En la hora íntima	121
Oye, amigo, el secreto	123
El mundo reposa	125
Unas voces de niño	127
En el verdor de hierba tierna	129
Me criaste en tu hondura	131
Hora de plegaria	133
A Manilio	137
Escucho ahora	139
Si el alma oyera	141
No es hora aún de reposar	143
Oían nuestro acento	145
En su palabra	149
En deleitables horas	151

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DE A. BAIOTTO & CIA.
EL DIA 30 DE AGOSTO DE 1927.





UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA CHAPEL HILL



•0001467735•